

«huid! Os hemos pagado vuestros beneficios; ahora nosotros debemos á nuestra patria. Adios!»

Venclo y Nassute dejaron en tierra la camilla del herido, pusieron un baston de acebo en la mano izquierda del hermano de Amelia, dieron á Outougamiz algunas plantas medicinales, harina de maiz y dos pieles de oso, y se alejaron.

Los dos fugitivos prosiguieron su penosa marcha. René caminaba delante con lentitud, apoyado en el baston que difícilmente levantaba, y Outougamiz le seguía, esparciendo hojas secas para ocultar sus huellas; el huésped de los bosques es menos hábil en engañar á la impaciente trahilla, que lo era el indio en borrar las pisadas de René, para sustraerle á la persecucion del enemigo.

Al llegar á un matorral, Outougamiz dijo súbitamente: «Oigo pasos acelerados,» y poco despues se dejó ver en el horizonte, hácia el Norte una partida de illineses. La desventurada pareja tuvo tiempo para llegar á un bosque estrecho situado á la estremidad opuesta; penetró en él y habiéndolo atravesado, se halló en el mismo punto donde se había dado el combate tan fatal al Gran Gefe de los Natchez y al hermano de Amelia.

No bien entrambos amigos pisaron aquel campo de la muerte, cuando oyeron al enemigo en el vecino bosque: Outougamiz dijo á René: «Tiéndete en el suelo; que pronto vendré á buscarte.» René no quería disputar mas su vida, porque estaba ya cansado de luchar tanto tiempo por algunos miserables dias; pero vióse precisado á obedecer otra vez á la amistad. Su infatigable libertador le ocultó bajo los pavorosos despojos del combate, y se ocultó en la espesura de un bosque.

Cuando algunos niños han descubierto el lugar donde un ruiseñor ha labrado su nido, la madre, exhalando lastimeros gritos, y dejando caer sus alas, revolotea como herida ante los tiernos raptos que se entregan á su persecucion y se alejan de la débil prenda de sus amores; así, el hermano de Celuta, dando voces en la soledad, atraía los enemigos hácia sí, y los alejaba del tesoro mas querido á su corazon que lo es el huevo lleno de esperanza á la amorosa avecilla.

Los illineses no pudieron alcanzar al ligero salvaje, á quien la amistad había devuelto por un momento todo su vigor. Aproximábanse al país de los Natchez, y no atreviéndose á ir mas lejos, abandonaron la persecucion.

El hermano de Celuta fué entonces á sacar á René de las horribles ruinas que habían protegido su juventud y su hermosura. Los dos amigos volvieron á emprender su camino al nacer la aurora, despues de haberse lavado en un límpido manantial; entonces vieron que los helados restos bajo que René había conservado la centella de la vida, eran los de los dos natchez, Aconda é Irineo. El hermano de Amelia los reconoció, y asombrado de aquella extraordinaria coincidencia, dijo á Outougamiz: «Ves esos cuerpos desfigurados, devorados por las águilas ó ignominiosamente tendidos en el suelo? ¿Aconda ó Irineo! ¿vosotros erais dos amigos como nosotros! ¿vosotros fuisteis jóvenes y desgraciados como nosotros! ¿Yo os he visto perecer, cuando ya derribados, procuraba aun defenderos. ¿Outougamiz! tú confiasse esta misma noche el amigo vivo al secreto de dos amigos que ya no existen, y sus cadáveres se han reanimado al calor de tu alma, para prestarme un abrigo.»

Outougamiz lloró sobre Aconda é Irineo, pero estaba demasiado débil para abrirles una sepultura.

Á la manera que unos labradores que despues de un largo dia de sudores y de trabajos conducen á su cabaña los fatigados bueyes, creen descubrir su rústico techo, y se juzgan ya rodeados de sus espo-

sas y de sus hijos: así los dos amigos, al acercarse al país de los Natchez, empezaban á sentir renacer la dulce esperanza, y sus deseos salvaban el espacio que de sus hogares les separaba. Pero estas ilusiones, como todas las de la humana existencia, fueron de breve duracion.

Las fuerzas de René, agotadas por última vez, tocaban su término; y para colmo de calamidad, nada quedaba ya de los dones de Venclo y de Nassute.

Outougamiz sucumbia á su vez; sus mejillas estaban hundidas, y sus piernas enflaquecidas y trémulas no sostenian ya su cuerpo. Tres veces el sol brindó su luz á los hombres, y tres veces halló á los viajeros arrastrándose sobre un erial que ningun recurso ofrecia. El hermano de Amelia y el de Celuta ya no hablaban; solo se dirigian alternativamente furtivas y dolorosas miradas; algunas veces Outougamiz se esforzaba aun en ayudar la marcha de René. Dos gemelos que apenas empiezan á andar, se apoyan en sus débiles brazos y ensayan sus inseguros pasos á los ojos de su cariñosa madre.

Desde el lugar á donde los amigos habían llegado hasta el país de los Natchez solo quedaban ya algunas horas de camino; pero René se vió precisado á detenerse. Escitado por Outougamiz, que le rogaba que adelantase, intentó dar algunos pasos para no robar á su sublime amigo el fruto de tantos sacrificios; mas sus esfuerzos fueron vanos. Outougamiz intentó llevarlo sobre sus hombros, pero exhausto de fuerzas cedió al peso de su carga.

No lejos de allí murmuraba una fuente; René se acercó á ella, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, seguido de Outougamiz que lloraba; así el afligido pastor acompaña al cabrito que se la roto los delicados piés al caer de una erguida roca, y que se arrastra hácia el aprisco.

La fuente señalaba el límite de la sábana que se estiende hasta Bayouc de las Piedras, y que no tiene al Oriente otros confines que los bosques del fuerte de Rosalia. Outougamiz sentó á su compañero al pié de un sauce; el joven salvaje fijaba sus miradas en el país de sus ascendientes: ¡hallarse tan cerca de él y no poder llegar! «René, dijo, he allí nuestra cabaña!»

«¡Vuélveme el rostro hácia ella!» respondió el hermano de Amelia; Outougamiz obedeció.

Este abrigó por un momento el designio de dirigirse á los Natchez, en busca de algun auxilio; pero temiendo que el hombre de su corazon espirase durante su ausencia, resolvió no abandonarle. Sentóse pues, al lado de René; y tomándole la frente con ambas manos, le inclinó dulcemente sobre su pecho; apoyando entonces su rostro sobre aquella cabeza querida, preparóse á recoger el último suspiro de su amigo. A semejanza de dos flores abrasadas por el sol sobre un mismo tallo, se inclinaban uno sobre otro hácia la tierra aquellos dos infelices jóvenes.

Un ligero rumor y el soplo de un aura perfumada hicieron levantar á Outougamiz la cabeza: una mujer se hallaba á su lado. A pesar de la palidez y del desaliñado vestido de aquella mujer, ¿cómo hubiera podido desconocerla el indio? Outougamiz en su sorpresa abandonó la frente de René y exclamó: «¿Eres tú, hermana mía?»

Celuta retrocedió, pues se había acercado á los dos amigos sin descubrirlos, y el eco de la voz de su hermano la llenó de asombro. «Hermano mio, respondió, hermano mio! ¡los Genios me lo han robado! ¡el hombre blanco ha espirado en el cuadro de fuego! Venigo todos los dias á esperar á los dos viajeros á este límite; mas, ¡ah! ¡ya no volverán!»

Outougamiz se levantó y se acercó á Celuta, que hubiera huido á no haber advertido su vacilante paso. Hubiérase visto brillar alternativamente en el semblante de la india el sentimiento del mas profundo

error y de la mas viva esperanza. Celuta dudaba todavía, cuando vió el manitú de la amistad atado al pecho de su hermano. Entonces corrió hácia Outougamiz, á quien abrazó y sostuvo á la vez, pero él le dijo:

«Le he salvado! allí está! pero espirará si no le traes algun alimento.»

El amor oyó la voz de la amistad! Ya Celuta está de rodillas, y tímida y trémula ha levantado la frente del moribundo extranjero. René ha reconocido la hija del desierto, y sus labios han hecho un esfuerzo para sonreír. Outougamiz, con la cabeza inclinada sobre su pecho, trémulas y juntas las manos, decia: «Testigo del juramento de la amistad, hermana mia, vienes á ver si lo he cumplido fielmente. ¿Yo hubiera debido traer á mi amigo lleno de vida, y héle aquí

espirante! Soy un mal amigo, un guerrero sin energía. Pero, ¿tienes algo con que reanimar á mi amigo?» «¡Nada tengo! exclamó Celuta desesperada. ¡Ah! si hubiese sido mi esposo, si hubiese fecundado mi seno, podría beber al par de su hijo en la fuente de la vida!» ¡Aspiracion divina de la amante y de la madre!

La casta india se ruborizó como temiendo haber sido comprendida por René. Sus ojos estaban fijos en el cielo, su rostro parecia inspirado, y hubiérase dicho que en una ilusion de amor, Celuta creia alimentar á su hijo y al padre de su hijo.

¡Amistad, que me has contado estas maravillas! ¿por qué no me diste el talento de pintarlas dignamente, puesto que me dotaste de un corazon capaz de sentir las? (1)

LOS NATCHEZ.

Cuando Celuta halló á los dos amigos á la margen de la fuente, había ya muchos dias que vagaba errante por los bosques. Una intensa calentura se había apoderado de ella al saber la prision de René, y la súbita partida de Outougamiz redobló sus males, pues advino que este había volado á rescatar á su amigo, y temia que, segunda víctima, fuese inmolado al furor de los illineses.

La hija de Tabamica se había obstinado en permanecer sola en su cabaña. Acostada cierto dia sobre la estera de dolor, vió entrar á Onduré, cuya fortuna había irritado su orgullo, y cuyos vicios se habían aumentado con toda la esperanza de sus pasiones. Seguro á la sazón de Akansia, que sabia su crimen y se aprovechaba de él, Onduré se creía dueño ya del poder supremo, bajo el nombre de tutor del joven Sol; proponíase restablecer la antigua tiranía, y se lisonjaba imaginando que despues de engañar á los franceses, hallaría algun arbitrio para perderlos.

Solo una circunstancia amenazaba la ambicion del salvaje: un sentimiento mas poderoso aun que su ambicion, esto es, el amor sin cesar creciente que á Celuta profesaba; la herida vanidad, la sed de venganza y el fuego de los sentidos habían trocado su amor en una especie de delirio, cuyos accesos podian despertar los zelos de la Mujer-Jefe.

En el primer arrebato de su victoria, Onduré corrió á la cabaña de la hermana de Outougamiz, y se adelantó hácia la cama donde se sentia desfallecer la solitaria doncella. «Celuta, le dijo, despierta!» y le sacudió rudamente la mano. «Despierta y mira á Onduré. ¿No te consideras muy feliz al ver que un guerrero de mi temple se digna elegirte por su concubina, rosa ajada por el miserable blanco, de quien nos han librado los propicios manitús?»

Celuta intentó rechazar al bárbaro. «¡Cuán encantadora se muestra en su locura! dijo Onduré; ¡cuán animada está su tez! ¡cuán hermosos son sus cabellos!» Y el salvaje pretendió prodigar caricias á su víctima.

En aquel momento, Akansia, cuyos zelos la hacian acechar con frecuencia la cabaña de su rival, se presentó en el dintel de la puerta. Celuta le dijo, recordando esfuerzo: «¡Oh, madre del Sol, protéjeme!»

Onduré soltó la codiciada presa, y confundido, vergonzoso y balbuciente siguió á Akansia que se alejó con los ojos sangrientos y el alma agitada por las Furias.

Los parientes de Celuta, que habían querido guardarla durante la ausencia de su hermano, fueron á ofrecerle su apoyo, y vieron el desorden de su lecho. Celuta les ocultó sus nuevos pesares, y aparentó sonreírse, y diciendo que se sentia aliviada, aquellos la creyeron y se retiraron. Libre ya de unos cuidados que la importunaban, la hija de Tabamica salió á media noche, se internó en los bosques y fue al camino del país de los Illineses á esperar los protectores que al fin encontró; protectores que suponía irremisiblemente perdidos, aun cuando seguía buscándolos.

Mas, ¿quién salvará á los tres desgraciados? Solo Celuta conservaba algunas fuerzas, ¿pero tendrá tiempo para volar hasta la ciudad de los Natchez? ¿No habrán espirado René y Outougamiz antes de su vuelta? Celuta colocó cariñosamente la cabeza de René sobre el musgo y se levantó, pensando que la Providencia se compadecería de tantos infortunios. Algunos guerreros se dejaron ver hácia el bosque. ¿Quiénes son? ¿qué importa? En aquel momento Celuta imploraría el socorro del mismo Onduré.

«Quien quiera seais, exclamó, adelantándose hácia los guerreros; venid á dar la vida á René y á mi hermano!»

Algunos soldados y oficiales del fuerte de Rosalia acompañaban al capitán d' Artaguette á la fuente á cuya orilla descansaban los dos amigos, fuente cuyas aguas poseian la virtud de cicatrizar las heridas. D' Artaguette reconoció en la voz á la india, á la que no hubiera reconocido por sus facciones; ¡tanta era la alteracion que en ella se advertia! «¿Eres mi hermana, mi libertadora?» exclamó conmovido á su vez el capitán.

Celuta corrió á él, derramó lágrimas de dolor y de alegría, tomó la mano de su hermano adoptivo, la

(1) Aquí finaliza la primera parte de los Natchez, la que puede llamarse su epopeya. Lo que sigue es una simple relacion, en la que el autor, renunciando al estilo épico, adopta el de la narracion.

acercó con ardor á sus labios, y procuró llevar á d' Artagnette á la fuente; repitiendo el nombre de Outougamiz y de René: la partida francesa siguió á Celuta.

En breve se dejaron ver dos hombres, ó por mejor decir, dos espectros, uno acostado y otro en pié, pero próximo á caer; todos les rodearon. «¡Cazadores! dijo Outougamiz; yo puedo ahora morir; cuidad de mi amigo!» y se dejó caer sobre el musgo.

Creíase en la colonia y entre los natchez que René había sido quemado por los illineses. Prodigáronse los necesarios recursos á los dos moribundos, y Celuta ofreció los primeros alimentos á su hermano y al amigo de este. D' Artagnette se esforzaba en sostener al uno y al otro en sus brazos, débiles todavía. Santiago, el granadero tan adicto al generoso capitán, fue enviado á los Natchez para anunciarles el casi milagroso regreso. Los guerreros y las mujeres corrieron á la fuente, y los sachems les siguieron. Ya los franceses habían entretejido algunas ramas de árboles, en las cuales fueron colocados separadamente entrambos amigos. Ocho oficiales conducían, alternando entre sí, las sagradas camillas, cual si llevasen los trofeos del honor. Seguíanles Celuta, henchida de un júbilo á que no osaba dar crédito, y d' Artagnette, cuyo pálido semblante descubría que aun faltaba sangre á su noble corazón.

La muchedumbre de los Natchez encontró en este orden la pompa triunfal de la amistad, levantada por las manos del valor. Los bosques resonaron con prolongadas aclamaciones; todos se interesaban vivamente, todos querían saber hasta los mas ligeros pormenores de una salvación de que Outougamiz apenas hablaba, y de que René no podía aun hacer el relato. Los jóvenes estrechaban la mano de Outougamiz, y se juraban mutuamente una amistad igual en los contratiempos. Los sachems decían á Adario y á Chactas que tenían unos hijos ilustres, y los dos ancianos respondían: «¡Es verdad!» El mismo Adario estaba enternecido.

Las mujeres y los niños acariciaban á Celuta; Mi-la quería llevársela, aunque se sentía algo triste en medio del común regocijo. En la efusión general de los corazones, los militares franceses alcanzaban no escasa parte de elogios; d' Artagnette decía á Celuta: «Hermana mía, tu hermano sostiene bien su papel de libertador;» y René que oyó estas palabras, murmuró con desfalecido acento: «Nada sabeis, ni Outougamiz os dirá lo que ha hecho; yo os lo referiré si vive.» Todos los ojos derramaban también lágrimas sobre aquellos doce jóvenes indios que se habían inmolado al triunfo de la amistad.

Solo Onduré y Akansia no asistían á tan tierna escena, porque los malvados huyen como de un suplicio, del espectáculo de la virtud recompensada. René fue trasladado á casa de su padre Chactas; pero Adario quiso que su sobrino Outougamiz y su sobrina Celuta fuesen llevados á su cabaña, para cuidar por sí mismo de unos hermanos que reconocía dignos de su sangre.

Onduré había apaciguado á Akansia por medio de esas mentiras y de esas caricias á que el amor vendido no presta asenso, pero á las cuales se entrega como á su postrer recurso. Cuando damos un paso en la senda del crimen, nos persuadimos de que es imposible retroceder, y nos abandonamos á la fatalidad del mal: la Mujer-Jefe se veía precisada á secundar los planes de un malvado, y á colocar á Onduré á su altura para justificarse de haber descendido hasta él. El regreso de René había vuelto á encender en el corazón de Onduré la mal estinguida llama de los zelos; y como veía frustrada su venganza, érale mas que nunca indispensable asaltar la potestad suprema para perpetrar como soberano el crimen que no había podido consumir como súbdito; así, pues, alarmó

á la Mujer-Jefe, diciéndole: «Es posible que René me haya visto disparar la flecha; y el único medio de dominar todos los peligros es colocarse sobre todos los poderes. Sea yo tutor de tu hijo, restablézcase la antigua guardia de los Allouez, y te respondo de todo.»—Nada podía negar ya Akansia, despues de haber entregado su virtud.

El indio, para conseguir un éxito feliz en sus proyectos, se dirigió desde luego á los franceses.

Tratado ásperamente por Chepar, Febriano había reconquistado poco á poco á fuerza de humillaciones, su ascendiente sobre aquel antiguo militar; pues la bujeza se vale de las afrentas que recibe como de un estribo para encumbrarse. Pero el renegado vió que su crédito se hundiría del todo si no lograba destruir por medio de algún brillante servicio la funesta impresión que habían causado sus primeros consejos. El gobernador de la Luisiana había manifestado su disgusto al general en jefe, y en la carta en que le anunciaba el envío de nuevas tropas, le invitaba á que reparase prontamente una imprudencia fatal á la colonia.

Febriano buscaba, pues, una ocasion de rehabilitar su influencia, cuando Onduré buscaba el medio de satisfacer su ambición. Estos dos traidores, antiguos compañeros de disolución, habían concebido, por la conformidad instintiva de las pasiones, un odio violento contra René. El hombre salvaje fué á buscar al hombre civilizado, hablóle de la muerte del Sol y le dijo: «En los cambios políticos que en breve ocurrirán entre los natchez, si el general de los franceses quiere secundarme, le haré obtener las tierras, objeto de tantos trastornos y calamidades.»

Lleno de regocijo al oír una proposición que le hacía importante haciéndole útil, Febriano corrió á comunicarla á Chepar, que accedió á recibir á Onduré en medio de la noche en uno de los rebeldes del fuerte.

«Sachem de los franceses, le dijo Onduré acercándose á él; ignoro tus proyectos, pero sé que te han llegado nuevos guerreros; ¿intentas acaso levantar otra vez tu hacha contra nosotros? En lugar de adoptar este incierto camino, yo puedo hacerte llegar á tu objeto por otro mas seguro. Há mucho que soy amigo de los franceses: emplea, pues, tu autoridad para que me eleve al puesto que me hará tutor del joven Sol, y me obligo á hacer te sean cedidas las tierras que reclamas, y cuyos límites fijarán tus diputados y los nuestros. Dentro de dos dias se verificará el nombramiento de edil; manda sean enviados algunos presentes á los jóvenes guerreros, á las matronas y á los sacerdotes, y triunfaré de mis competidores.»

Halagado al oír hablar de su poder, mirando como un gran golpe de política el colocar á Onduré, á quien creía amigo de la Francia, á la cabeza de los natchez, y prometiéndose especialmente reparar su falta mediante la adquisición de las tierras prometidas, Chepar prolijó el proyecto de Onduré, encargando á Febriano la repartición de los presentes.

Onduré fué á buscar á Akansia, cuyo abatimiento le causó gran sorpresa; sucede con el crimen lo que con las bebidas amargas; solo el hábito de usarlas las hace tolerables. «No se trata ya de dudar, le dijo Onduré; ¿quieres reinar á mi lado, ó vivir esclava de algún sachem de tu familia? No olvides que en esto se interesan tu vida y la mía, puesto que si no somos bastante poderosos para proscribir á nuestros enemigos, seremos proscriptos por ellos. Tarde ó temprano alguna voz acusadora descubrirá la muerte del Sol, y en vez de ocupar el poder supremo, seremos arrastrados al suplicio. ¡Ve, pues! habla á las matronas, consigue sus votos, que yo cuidaré de atraerme los de los jóvenes guerreros. Outougamiz, único que contrabalancea mi crédito entre ellos, se halla aun muy débil y no puede salir de su ca-

baña. El sacerdote adicto á nuestros intereses, haga que los Genios se espliquen, y venceremos la resistencia de Chactas y de Adario.»

Habiendo sido convocada la asamblea general de la nación para proceder á la elección de edil, Chactas propuso elevar á René, su hijo adoptivo, á este importante puesto; pero el sacerdote declaró que el extranjero culpable á la vez de la desaparición de la serpiente sagrada, de la muerte de las hembras de castores y de la guerra en que había perecido el anciano Sol, llevaba marcada la reprobación del Gran Espíritu.

Reobazado el hermano de Amelia, Adario presentó como candidato á su sobrino Outougamiz, que acababa de hacer brillar tanto valor y tanta virtud; pero Outougamiz fue desechado á causa de la sencillez de su virtud. Chactas y Adario rehusaron por su parte un cargo cuyo desempeño era incompatible con su edad.

Akansia, al llegar su turno, designó á Onduré; á este nombre se ruborizaron todos aquellos que conservaban aun alguna dignidad de carácter. Chactas rechazó con toda la nobleza de su elocuencia á un guerrero cuyos vicios se atrevió á pintar, y Adario, que adivinaba el tirano en Onduré, amenazó clavarle su puñal en el corazón si atentaba alguna vez en contra de la libertad de su patria; pero los presentes de Febriano habían producido su efecto: las matronas que se complacían en las galas recibidas, los guerreros jóvenes deslumbrados por sus nuevas y vistosas armas, y muchos sachems en quienes la ambición ahuyentara la prudencia, apoyaron el candidato de la Mujer-Jefe; y habiendo sido consultados los manitús, estos aprobaron la elección. De esta manera, la educación de un niño llamado á gobernar un dia, fue confiada á unas manos opresoras y manchadas de sangre: el campo envenenado de Gomorra da muerte á la planta que se le confía, ó solo produce árboles cuyos frutos están llenos de ceniza.

Entretanto, las heridas de René se cicatrizaban, pues los simples conocidos de los salvajes restauraban sus fuerzas con suma rapidez. Solo había un medio de pagar cumplidamente á Outougamiz la deuda de una amistad sublime: este medio era dar la mano á Celuta. El sacrificio era grande, pues cualquier lazo pesaba al hermano de Amelia, y ninguna pasión podía entrar en su pecho; pero creyó, no obstante, que debía inmolarse á la gratitud; á lo menos, no desmentía su destino hallando una desgracia mas en el cumplimiento de un deber.

Dió, pues, parte de su resolución á Chactas, y este pidió á Adario la mano de Celuta: Outougamiz se entregó á una viva alegría al saber que su amigo iba á ser su hermano. Celuta, llena de rubor, dió su asentimiento con la gracia modesta que en su rostro brillaba; pero sintió algo mas que ese placer mezclado de terror que experimenta la joven doncella próxima á pasar á los brazos de un esposo. A pesar del amor que impelia á la hija de Tabamisa hácia René; á pesar de la felicidad que soñaba, se sentía dominada por una tristeza involuntaria, y un secreto presentimiento oprimía su corazón: René le inspiraba un espanto á que no podía hacerse superior, pues adivinaba que iba á caer en su seno como se cae en un abismo.

Aprobado el enlace por los parientes, Chactas dijo á René: «Construye tu cabaña, lleva á ella el collar para cargar los fardos y leña para encender fuego; ocaza por espacio de seis noches, y á la séptima Celuta te seguirá á tus hogares.»

René estableció su vivienda en un valle regado por un rio tributario del Meschacébé. Acabada la construcción de la nueva cabaña, descubriábase desde su puerta las praderas del valle entrecortadas por muchos arbustos cargados de flores; un bosquecillo coe-

táneo de la tierra cubría las colinas y en su espesura despeñábase un torrente.

Numerosas danzas y juegos solemnizaron el dia del himeneo. René y Celuta, en medio de sus parientes, fueron instruidos en sus deberes, y luego se les condujo á la cabaña que debían habitar.

La aurora les halló en el dintel de la cabaña. Celuta, estrechando con un brazo el cuello de René, se apoyaba en este, y sus ojos buscaban con cierta expresión de respeto y de ternura los de su esposo; ofrecía su felicidad al Arbitro de la naturaleza con religioso y agradecido corazón, como una merced recibida de su mano: así el rocío de la noche sube al salir el sol al cielo de donde ha bajado.

Las inciertas miradas del hermano de Amelia recorrian la soledad, y su felicidad se parecía al arrepentimiento; René había deseado un desierto, una mujer y la libertad; poseía á la sazón todo esto, y esta posesión estaba acibarada; bendecido hubiera la mano que con un mismo golpe le hubiese librado de su pasado infortunio y de su felicidad presente, si era realmente una felicidad.

Procuró realizar sus antiguas ilusiones: ¿qué mujer era mas hermosa que Celuta? Llevóla al fondo de los bosques, paseó su independencia de soledad; pero despues de haber estrechado sobre su seno á su joven esposa, en medio de los precipicios; despues de haberse perdido con ella en la region de las nubes, no hallaba las delicias que un tiempo soñara.

El vacío que se había formado en el fondo de su alma no podía llenarse ya. René era blanco de una sentencia del cielo que constituía á la vez su suplicio y su genio; perturbaba todo con su presencia; las pasiones salían de él y no podían volver á él; pesaba sobre la tierra que recorria con impaciencia y que le rechazaba.

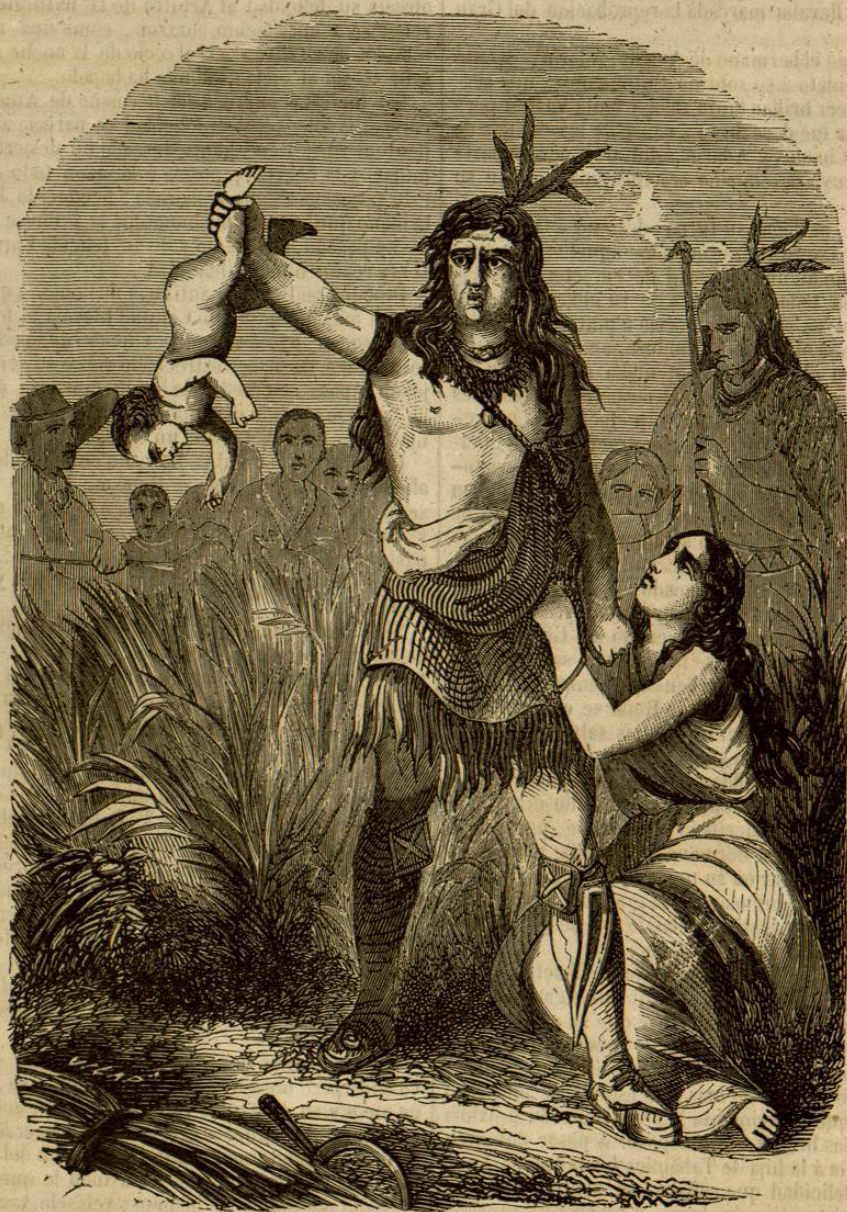
Si el implacable Onduré hubiese penetrado en el corazón del hermano de Amelia; si hubiese conocido toda su miseria, si hubiese visto las zozobras de Celuta y la especie de espanto que le inspiraba su esposo, la unión de aquella desventurada pareja no le hubiera hecho experimentar los tormentos que le devoraron al llegar á su noticia. ¿Qué impartaba á Onduré ver satisfecha su ambición, si Celuta se había sustraído á su amor? René no había sido aun sacrificado á su furor! La fortuna del detestable indio le costaba harto cara: veíase precisado á sufrir el cariño de una mujer odiada y había prodigado á Chepar promesas que no podía ni quería cumplir; y ¿cómo perder á los extranjeros del fuerte de Rosalia, ya sus dueños, puesto que lo eran de una parte de su secreto? ¿cómo sacrificar al rival á quien los malos genios habían enviado para su desesperación á su país?

Muchos planes se presentaron á la mente del nuevo edil; pero unos no eran bastante seguros, y otros no envolvían bastantes víctimas. La aversión al estado natural y el deseo creciente de poseer los goces de la vida social aumentaban la agitación del alma de Onduré; devoraba con la vista todo lo que veía en las habitaciones de los blancos; veíasele vagar á través de las cabañas, torvo el semblante, encendidos los ojos y agitados los labios por movimientos convulsivos.

Un dia que de este modo se entregaba á sus negras meditaciones, llegó á la cabaña de René, que recorria á la sazón los desiertos con Celuta. Mil pasiones, recuerdos mil, acompañados de mil funestos propósitos, agitaron el corazón de Onduré. Empezó á rodear con lento paso la cabaña, llamó á la puerta, la abrió y dirigió por su recinto siniestras miradas; luego penetró en ella y sentóse en el hogar solitario, como esos genios del mal identificados con cada hombre, y que segun los indios, se complacen en frecuentar las abandonadas habitaciones. Unos lechos de junco, al-

gunas armas europeas, algunos velos de mujer y una cuna, presente de la familia de Celuta, todo lo que heria la vista de Onduré acrecentaba su oculto suplicio: «¡Aquí han sido felices!» murmuró con sordo acento. Su imaginación se extravió, levantóse, despararramó las canas de las camas y rompió las armas,

cuyas astillas arrojó á larga distancia. Los atavíos de Celuta escitaron luego su frenesí; los levantó con mano trémula, los acercó á sus labios como para cubrirlos de besos y concluyó desgarrándolos con furor. Sus brazos se levantaban ya sobre la cuna, cuando los dejó caer con brusco movimiento; su cabeza



ADARIO INMOLANDO Á SU NIETO.

se inclinó sobre su pecho, su frente se cubrió con una nube sombría: el salvaje se mostraba atormentado por la dolorosa concepción de un gran crimen.

«¡Sonó la hora fatal! Los destinos de Celuta, los del hermano de Amelia y los de los franceses son ya irrevocables! Onduré exhaló un hondo suspiro, y sonriendo como Satanás á sus perversidades gritó: «¡Gracias te doy, ¡oh Athaënsia! ¡me has inspirado

«bien! ¡Genio de esta cabaña, te doy gracias! Tú me «has conducido aquí para descubrirme los medios de «consumar mis venganzas y de llegar á la vez al fin «de mis diferentes proyectos. ¡Si! perecereis enemigos de Onduré! y tú Celuta...» El protervo no se reveló á sí mismo todo el horror y toda la estension de su propósito sino por un grito que lanzó al salir de la cabaña; aquel grito llegó á oídos de los franceses

y de los Natchez: los primeros se horrorizaron y los segundos previeron la destrucción de su patria.

Al volver René de sus correrías, quedó sorprendido al ver el desorden de su cabaña, sin serle posible adivinar la causa; pero Celuta, educada en la religión de los indios, dedujo de aquel desorden un presagio funesto. No había traído la felicidad, de su peregrinación al desierto; René era inexplicable para ella; había descubierto, no obstante, cierto misterio en el corazón del hombre con quien estaba enlazada, aunque no le había revelado sus secretos ni á nadie los había referido. Después de su vuelta á su cabaña, René se mostraba mas sombrío y menos afectuoso; la tímida Celuta no se atrevía á dirigirle pregunta alguna, y no tardó en tomar por cansancio ó por inconstancia lo que era únicamente el triste efecto de la desgracia y de un carácter impenetrable. La casualidad revistió de alguna apariencia de realidad las primeras sospechas de la hermana de Outougamiz.

René atravesaba un día un bosque de cipreses, cuando oyendo algunos gritos en un lugar extraviado acudió á él, y acertó á ver entre los árboles á una india que pugnaba por desasirse de un europeo; al presentarse un testigo, el raptor apeló á la fuga, pero el hermano de Amelia había reconocido á Febriano y á Mila. «¡Ah! exclamó esta, arrojándose á sus brazos; «si hubieras querido casarte conmigo, no te hubiese visto obligado á acudir ahora en mi auxilio. No obstante, ¡cuánto te lo agradezco! He tenido tanto «miedo cuando el hombre negro me ha sorprendido, «que he cerrado los ojos con todas mis fuerzas para «no verle.» Sonrióse René, y tranquilizando á la joven salvaje, le prometió acompañarla á la casa de su madre. Después de haberla ayudado á lavar su lastimado semblante, Mila le dijo: «¡Cuan suave es tu «mano! ¡lo es tanto como la de mi madre! ¡Perversos! ¡hablan tan mal de tí, y eres tan bueno!» Cuando fue preciso separarse, ¡el camino pareció tan corto á Mila! Anegóse en lágrimas, y se alejó di-



CARTA DE RENÉ.

ciendo: «Yo no soy sino una pardilla azul, que no sé cantar para el cazador blanco. El hermano de Amelia tomó el camino de su cabaña, y no volvió á recordar esta aventura.

Sabedor de ella Onduré, le suministró un pretexto para añadir una calumnia mas á todas las que forjaba para saciar su encono, felicitándose de poder hacer á Celuta participante del tormento cruel de los celos, que él había conocido. El casual encuentro de René y de Mila fue presentado á la casta hermana de Outougamiz como una infidelidad del hombre á quien amaba. Celuta lloró y ocultó sus lágrimas.

Celuta era madre: ¿la esposa fecunda no aseguraba los derechos de la amante? Cuando René tuvo la certidumbre de que su esposa llevaba un hijo en su seno, acercóse á ella con santo respeto, la abrazó cariñosamente temiendo lastimarla, y le dijo: «¡Mujer! el cielo ha bendecido tus entrañas!»

Celuta respondió: «Yo no me he atrevido á hacer

«votos antes que tú por el hijo que el Gran Espiritu «me ha dado. Tu sierva soy; mi deber es alimentar «tu hijo ó tu hija, y procuraré llenarlo fielmente.»

La frente del hermano de Amelia se nubló, y dijo con amarga sonrisa: «Alimentar á mi hijo ó á mi «hija! ¿Será mas dichoso que yo? ¿será mas dichosa «que mi hermana? ¿Quien hubiera dicho que yo daría «vida á un hombre?» Esto dicho, salió dejando á Celuta sumida en un dolor inexplicable.

Onduré llevaba á cabo sus proyectos, pues á pesar de la autoridad de Adario y Chactas, había restablecido en todo su primitivo poder los allouez guardias adictos al despotismo de los antiguos Soles, y había despachado emisarios con órdenes secretas para todas las naciones indias. Mas que nunca engañaba entonces al comandante del fuerte de Rosalia, por medio de falsas confidencias, pues le hacia decir por Febriano que sin la oposición de Adario, de Chactas y de René, sería dueño absoluto del consejo de

Los Natchez, porque estos tres enemigos del nombre francés le impedían cumplir su promesa. Onduré invitó á Chepar á que se apoderase de ellos, cuando él le diese una señal. Merced á esta política, se proponía entregar á sus adversarios á los extranjeros y sublevar á los Natchez contra estos, cuando se entregasen á alguna violencia contra dos sachems, idoles de la patria.

Era sin embargo preciso no precipitar cosa alguna: era preciso que todas las fuerzas de los indios se reuniesen secretamente para dar con seguridad el último golpe. Al mismo tiempo era tan difícil moderar estos elementos de discordia como hacerlos obrar de comun acuerdo. Las treguas, renovadas á cada paso, suspendían escasamente unas hostilidades prontas siempre á ser rotas, pues franceses y natchez se ejercitaban en el manejo de las armas, cultivando á la par los campos en que habían de esterminarse.

Muchos meses necesitaba Onduré para la realización de sus vastos designios, y Chepar, por su parte, no había recibido todos los refuerzos que esperaba. Una paz forzosa, consecuencia de la respectiva posición de los jefes, reinaba en la colonia; y los indios, en expectativa del porvenir, se entregaban á sus trabajos y á sus fiestas.

Mila, que tenía relaciones de parentesco con la familia de Celuta, fué á dar gracias al que llamaba su libertador, y le llevó una mazorca de maíz, parecida á una rueca cargada de un copo de dorada lana. «He aquí, le dijo, todo lo que puedo darte, porque no soy rica.» René aceptó la ofrenda.

Celuta sintió arrasarse en lágrimas sus ojos, pero recibió á su joven parienta con su inalterable dulzura, y aun acarició bondadosa á esta amable niña, que le preguntó si asistiría á la siega de la avena-loca (1), á lo que Celuta le respondió afirmativamente. Mila salió llena de alegría, viendo que René tenía aun en su mano la mazorca de maíz.

Después del día en que el capitán d'Artaguette devolviera á los natchez á los dos desgraciados amigos, se había trasladado á Nueva-Orleans, á ver á su hermano, el general Diron d'Artaguette y al joven consejero Harlay, presunto esposo de Adelaida, hija del gobernador de la Luisiana, pero regresó al fuerte de Rosalia la víspera de la siega anunciada por Mila. Habiendo sabido el enlace del hermano de Amelia con Celuta, el agradecimiento que el capitán le debía, la tierna inclinación que le profesaba y el aprecio con que miraba á René le condujeron á la cabaña de los nuevos esposos, donde halló la familia dispuesta para marchar á la siega: Chactas, Adario, Celuta, René y Outougamiz enteramente restablecido, y que habiendo olvidado lo que había hecho, huía cuando René contaba los prodigios de su rescate.

D'Artaguette fue recibido con la mas cordial hospitalidad por Celuta, que le apellidaba su hermano. Outougamiz le dijo: «Celuta te ha salvado y tú has salvado á mi amigo: ¡te amo! y si nuestras naciones vuelven á combatir, alejaré mi hacha de tu cabeza.» René propuso al capitán que asistiese á la fiesta de la siega, á lo que accedió d'Artaguette, cuyas miradas no podían desviarse de Celuta, pues á su hermosura añadía nuevo realce una oculta melancolía.

Embarcáronse todos en canoas, en el río que corría al pie de la colina donde estaba construida la cabaña de René, y subieron la corriente para llegar al lugar de la siega. Las encinas-sauces de que el río estaba bordado, esparcían sobre él apacible sombra; las piraguas se abrían paso á través de las plantas que cubrían de hojas y de flores la superficie de las aguas. A trechos, la vista sondeaba la profundidad de las olas que rodaban sobre arenas de oro, ó sobre un cauce aterciopelado por un musgo verdoso. Los mar-

(1) Especie de arroz que crece en los ríos.

tin-pescadores posaban en las ramas suspendidas en las aguas, ó volaban al aspecto de las canoas, á flor de agua.

Llegaron al lugar designado, que era una bahía donde la avena-loca crecía en abundancia. Este trigo, sembrado por la Providencia en América, para satisfacer las necesidades de los salvajes, se arraiga en las aguas; su semilla es de la naturaleza del arroz, y suministra un alimento agradable y salutar.

A la vista del campo maravilloso, los natchez rompieron en gritos, y los remeros, redoblando sus esfuerzos, lanzaron sus piraguas en medio de las flotantes mieses. Millares de aves remontaron su vuelo, y después de haber gozado de los beneficios de la naturaleza, cedieron su lugar á los hombres.

En un instante, las navéculas se ocultaron entre las altas y espesas espigas, y las voces que salían del móvil laberinto realizaban notablemente la magia de aquella escena. Distribuyéronse entre los segadores unas cuerdas de abedul, con las cuales asian los tallos de la avena-loca y los ataban en haces; luego, inclinaban estos sobre el borde de la piragua y los azotaban con un ligero látigo, y la madura semilla caía dentro de la piragua. El ruido de los látigos que batían los haces, el murmullo del agua, las risas y los alegres dichos de los salvajes animaban aquella escena, medio marítima y medio rústica.

El campo estaba segado, cuando la luna se mostró para alumbrar el regreso de la flota, y sus tranquilos rayos se deslizaban en el río entre los sauces que apenas se mecían. Los indios y las indias jóvenes seguían á nado las canoas, cual Sirenas ó Tritones; el ambiente se embalsamaba al grato aroma de las nuevas mieses, confundido con las emanaciones de los árboles y de las flores. La piragua del Gran-Jefe navegaba á la cabeza de la flota, y un sacerdote en pie sobre su popa, repetía el canto consagrado al astro de los viajeros:

«¡Salud, esposa del sol! ¡Tú no has sido siempre feliz! Cuando obligada por Athaënsia á dejar el lecho nupcial, sales de las puertas de la mañana, tus redondeados brazos, estendidos hacia el Oriente, buscan inútilmente á tu esposo.

«Esos hermosos brazos abres también cuando te diriges al Occidente, y la cruel Athaënsia obliga á su vez al sol á huir delante de tí.

«Desde tu infeliz himeneo, la melancolía es tu compañera; jamás te abandona, ya te complazcas en vagar á través de las nubes, ya inmóvil en el cielo, mantengas fijas tus miradas en los bosques, ya inclinada en las orillas del Meschacébé, te abandones á la meditación, ya se estravien tus pasos con las fantasmas, á lo largo de los pálidos matorrales.

«Empero, ¡oh luna! ¡cuán hermosa eres en tu tristeza! La Osa estrellada se eclipsa ante tus encantos, tus miradas embellecen el azul del cielo, prestan diafanidad á las nubes, hacen brillar los ríos á manera de serpientes, platean las copas de los árboles, cubren de misteriosa blancura las cumbres de los montes, y truecan en un mar de leche los vapores del valle.

«Tu luz, ¡oh luna! inspira elevados pensamientos á los sachems; tu luz inunda el corazón del amante en el recuerdo de la mujer amada; á tu claridad la madre mece la cuna de su hijo; á tu claridad marchan los guerreros contra los enemigos de la patria; á tu claridad los cazadores tienden lazos á los pobladores de los bosques; y ahora, á tu claridad, cargados con los dones del Gran Espíritu, vamos á ver de nuevo nuestras venturosas cabañas.»

Así cantaba el sacerdote, y á cada estrofa el retorcido caracol mezclaba sus rudos sonos al coro general de los natchez: durante el canto, habíase apoderado de Celuta, René, Outougamiz, d'Artaguette

Adario y el anciano Chactas un recogimiento religioso; el amargo presentimiento de un porvenir funesto embargaba sus corazones; la tristeza reside en el fondo de la alegría del hombre, pues la naturaleza encierra un dolor en todos los placeres, y cuando no puede negarnos la felicidad, mezcla á ella el temor de perderla. Una voz vino á arrancar á los amigos de sus graves reflexiones; esta voz, que parecía salir del agua decía: «¡Libertador mío! heme aquí!» René, d'Artaguette, Outougamiz, Chactas, Adario y Celuta volvieron su vista al río, y descubrieron á Mila que nadaba al lado de la canoa, y que envuelta en un velo, no mostraba sobre el agua sino sus hombros medio desnudos y su mojada cabeza; algunas espigas de avena-loca, aprichosamente entretrejidas, ataviaban sus sienes. Su risueño semblante brillaba á la claridad de la luna en medio de sus cabellos negros como el ébano, mientras el agua, semejante á un rocío de plata, se deslizaba á lo largo de sus mejillas: hubiérase tomado á la agraciada india por una niñade que había robado la corona de Ceres.

«Outougamiz, decía, ven á bañarte conmigo, pues temería bañarme con el guerrero blanco, tu hermano.»

Outougamiz saltó al agua, y Mila empezó á nadar á su lado. Ora se balanceaba lentamente, con el rostro vuelto al cielo, y parecía dormir sobre las ondas; ora batiendo con ágil planta las elásticas aguas, se deslizaba con rapidez por el río; algunas veces se incorporaba, y parecía mantenerse en pie; otras, sus brazos alejaban con gracia las olas; en esta posición volvía un poco la cabeza, y la estremidad de sus pies se mostraba en la superficie. Su seno, ligeramente redondeado bajo el velo líquido, parecía encerrado en un globo de cristal, y trazaba con sus muelles inflexiones multitud de círculos que impeliéndose entre sí, se estendían á largo trecho.

La voluptuosa languidez de las actitudes de Mila hubiera inducido á creer que buscaba deleites ocultos en aquellas ondas misteriosas; pero la serenidad de su voz y la sencillez de sus palabras descubrieron solo la mas tranquila inocencia; lo mismo sucedía respecto de las caricias de la esbelta india á Outougamiz, pues pasaba sobre su cuello su húmedo brazo, y aproximaba tanto su rostro al de este, que le hacía sentir á la par la frescura de sus mejillas y el calor de sus labios. Enlazando sus pies con los de su compañero de baño, no estaba separada de él sino por el agua, cuya suave resistencia añadía nueva dulzura á estos lazos: «¡No estabas acostado así con René, decía, sobre el lecho de cañas, en el fondo de la laguna?» Pero en tales juegos no debía verse otra cosa que los pasatiempos de una niña encantadora, y si algún pensamiento desconocido penetraba en el alma de Mila, este pensamiento no se dirigía á Outougamiz.

No se habían ocultado tantas gracias á la hija de Tabamica, y cuanto mas indiferente á ellas se había mostrado René, tanto mas temió por parte de este un estudiado disimulo. Al volver á su cabaña se sintió indispuerta; y aunque su seno materno solo había contactado siete veces la vuelta del astro testigo de los placeres de Mila, Celuta sintió que el hijo de René se daría prisa á salir á la triste luz de los cielos, para participar de los enemigos destinos de su padre.

El hermano de Amelia había pasado la noche en los bosques: al amanecer no halló á Celuta ni en la cabaña, ni en la fuente, ni en el campo de las flores; pero no tardó en saber que asaltada durante la noche por los dolores, su esposa se había retirado á la choza que le habían construido las matronas, pues tal era la costumbre, y que en ella permanecería un número de días mas ó menos largo, según el sexo del fruto de su amor.

Celuta creyó perder la vida al darla á una hija que fue presentada á su padre, y á quien este, vertiendo copiosas lágrimas, dió el nombre de Amelia. Esta segunda Amelia parecía próxima á espirar, por lo que René se vió precisado á derramar el agua del bautismo sobre la cabeza de la amenazada niña, exhaló un grito. Como el bautismo era mirado entre los salvajes como un maleficio, Onduré acusó al guerrero blanco de haber intentado dar la muerte á su hija, en odio á Celuta y amor á otra mujer. Así se cumplía la suerte de René: ¡todo, hasta la misma felicidad, le era fatal!

La niña vivió y los días del encierro de Celuta terminaron, por lo que esta volvió á su cabaña donde la esperaban sus parientes. Los vestidos de la joven madre eran nuevos, pues no debía usar ya objeto alguno de cuantos anteriormente le sirvieran; su hija pendía de su pecho. Al poner el pie en el umbral de su cabaña, sus ojos, hasta entonces inclinados con modestia al suelo, se levantaron hacia René, que le alargó los brazos para recibir á su hija: toda la ternura que pueden reunir la pasión de una amante, la dignidad de una esposa, el cariño de una madre, la sumisión de una esclava y el dolor de una mujer, fue elocuentemente espresada por la mirada de Celuta, que dijo á su esposo: «No te he dado sino una hija, perdona pues la esterilidad de mi seno; ¡no soy feliz!»

René tomó enternecido la niña, la levantó al cielo como para ofrecérsela, y la devolvió á los brazos de su madre. Todos los parientes bendijeron la hija de Celuta; Outougamiz colgó por un momento á su cuello el manitú de oro, pareciendo que de esta manera la consagraba al infortunio.

Entre los salvajes los parientes maternos ponen el nombre á los recién nacidos, porque según su religión el padre da el alma al niño y la madre el cuerpo, infiriendo de esto que la familia de la madre es la única que conoce el nombre que el cuerpo debe llevar; pero René, obstinándose en llamar Amelia á su hija, chocaba mas y mas con las costumbres de los indios.

Desde que la naturaleza le había hecho padre, su habitual tristeza había adquirido notable incremento, pues pasaba días enteros en el fondo de los bosques, y al volver á su cabaña, tomaba á su hija en sus rodillas, la miraba con una mezcla de ternura y de desesperación, y de repente la colocaba en la cuna cual si le inspirase horror. Celuta que esto veía, ocultaba sus lágrimas, atribuyendo el brusco movimiento de René al oído que le profesaba.

Si René, al volver á media noche, dirigía cariñosas palabras á Celuta, esta disimulaba mal la alteración de su voz; si se le acercaba durante el día, ella le dejaba su hija en brazos y se alejaba de él; si manifestaba alguna inquietud por su débil salud, ella lo atribuía al nacimiento de Amelia. Celuta decía en estos casos cosas tan tiernas, esforzándose por aparentar una serenidad que no reinaba en su alma, que su agitación se mostraba mas á través de aquella penosa calma de su resignada virtud.

Mila se hallaba incesantemente al paso del hermano de Amelia, y visitaba con frecuencia su cabaña, donde Celuta la acogía bondadosa siempre.

«Si tu fueses mi madre, decía Mila á la atribulada esposa, estaría siempre á tu lado, y oiría al guerrero blanco hablarte de la amistad de tu hermano y referirte peregrinas historias de su país. Preparáramos á la par el lecho del guerrero blanco; y cuando durmiese, yo refrescaría su sueño con un abanico de plumas.»

Mila terminaba por lo regular sus discursos arrojándose en brazos de Celuta, lo cual era buscar la calma en el seno de la tempestad y la frescura en los ardores del mediodía. La joven india obtenía una mirada